

## DISCURSO CUARTO.

LA LIBERTAD CRISTIANA CONSIDERADA COMO UNA DE LAS FUENTES  
DEL PROGRESO SOCIAL.

Señores: no satisfecho Jesucristo con haberse constituido en las sociedades cristianas como centro vivo de toda autoridad, empleó su autoridad divina para fundar en los pueblos cristianos el respeto y la obediencia, valiéndose de medios humanos. Con la paternidad cristiana instituyó su divina autoridad en la familia; y para que ésta tuviera hijos dignos de ella, le ha dado una consagración, un ministerio y un amor todo divinos. Ha creado el sacerdocio cristiano, ó puesto la autoridad de Jesucristo en el templo, dando al sacerdote la triple facultad de predicar, perdonar y ofrecer el sacrificio; ha creado la monarquía cristiana, ó lo que es lo mismo, la autoridad de Jesucristo en la patria, porque los súbditos de un monarca, lejos de humillarse obedeciéndole, se elevan; y él á su vez, reconociendo su derecho divino, reconoce también el poder espiritual de la Iglesia, y se

consagra al bienestar de su pueblo, que es el fin del gobierno temporal. Finalmente, para resumir estas tres autoridades en una, creó Jesucristo el papado cristiano, ó sea la autoridad de Jesucristo en el universo, puesto que el papado reúne á un mismo tiempo la plenitud de la paternidad, la plenitud del sacerdocio y la plenitud del poder regio.

Al hablar así, no quiero yo decir que Jesucristo esté representado de un modo igual en todos estos tipos de la autoridad; no señores, lo está en cada uno de una manera distinta y bajo un aspecto diverso; y esto constituye una admirable variedad; pero como está representada en todos, hallamos esa unidad mas admirable aún. La divina autoridad de Jesucristo brilla donde quiera que esté; sea cual fuere la frente que ciña su corona, yo la respeto siempre, ya en la de mi padre ó en la de mi sacerdote, en la de mi rey ó en la de mi pontífice, porque al obedecer á cada uno de ellos obedezco al mismo Jesucristo.

He aquí, señores, los tipos de autoridad creados por Jesucristo en la tierra para que las naciones se hagan grandes, y para que, sometiéndose á su autoridad, caminen hácia el progreso social.

En nuestro último discurso apenas tocamos este asunto, y lo hicimos de un modo tan ligero que nada profundizamos. Pésanos ahora por cierto, pues la atención con que fué oído nos ha demostrado que podíamos estendernos mas sobre esta materia sin molestar vuestra atención. Seguiremos, pues, desarrollando nuestro pensamiento, é indagaremos cuáles son los elementos que, aparte de la autoridad, llevan á la sociedad al verdadero progreso.



Señores, aun hay una cosa que tiene con la autoridad las relaciones mas íntimas; que está tan enlazada con ella, que no es posible hablar de la una sin que resuene en el corazon el nombre de la otra; y es aquello que aman y siguen todos los pueblos como lo ideal de la felicidad y de la grandeza. Esto se llama *libertad*.

Hemos dicho que el primer elemento del progreso social es la autoridad, y debemos dejar esto bien establecido; pero si la autoridad es necesaria, no basta al progreso de las sociedades si no da como fruto natural ese principio noble que las eleva y sin el cual no pueden vivir los grandes pueblos; la libertad, que es su hija legítima. Hemos hecho ya notar que el progreso social exige, con el orden para la estabilidad, el movimiento para la libertad; ambas condiciones son necesarias para cimentar la autoridad, y una y otra nacen de ella cuando es legítima. Los que creen que la autoridad y la libertad no pueden juntas existir, es porque confunden la libertad social con la anarquía. Podria escusarme de tratar ahora directamente de la libertad, pues que ella siempre es fruto de la autoridad legítimamente constituida. Pero como esta palabra libertad puede, mal entendida, ocasionar graves daños, necesito decir en qué consiste esa palabra necesaria al progreso social, quién puede crearla en los pueblos verdaderamente cristianos, cómo debemos comprenderla, y cuál es su fuente verdadera.

De este asunto me propongo tratar ahora con toda la independenciam que debe hacerlo un ministro de Jesucristo. La palabra de Dios no está encadenada ni teme revelarse á ninguno: *Verbum Dei non est alli-*

*gatum*: y si al hablar de la autoridad lo hemos hecho de una manera independiente, ¿podremos obrar de otro modo al hablar de la libertad? No, señores; la materia es delicada y peligrosa; no esperéis de mí doctrinas temerarias por su rigor, ni esperéis que yo halague pretensiones injustas. Hablarémos con la simplicidad cristiana; porque si admiro la fuerza del leon y la prudencia de la serpiente, amo tambien la simplicidad de la paloma. Quiera el Libertador divino inspirar á su indigno apóstol para que os muestre cómo nos viene de él la libertad para el progreso del mundo.

## I.

Una de las palabras que oyen los hombres pronunciar con mas entusiasmo, por ser una de las que mas hacen vibrar las cuerdas todas de su corazon, es la palabra *libertad*. El hombre conoce su propio sér, y por lo mismo se considera un ente libre, ó como dicen los filósofos, una fuerza libre. A este sentimiento se debe sin duda el respeto que tiene por sí mismo y tributa á los demas. Todo lo que considera dispuesto á sofocar en él ese sentimiento, lo juzga un homicidio intentado contra sí propio; y por lo contrario le halaga cuanto se declara en favor del mismo. Pero como el hombre es inclinado por naturaleza al desorden, y dominado por el orgullo, quiere usar sin obstáculo de esa fuerza que constituye su soberanía individual: pretende una libertad sin límite y le emba-



raza todo lo que coarta esa libertad. Encubriendo su malicia tras la que llama libertad, *velamen habentes malitiae libertatem*, las pasiones exaltan á los hombres para que proclamen una libertad sin límites y una licencia sin freno. De ahí nace, señores, la falsa idea que se tiene de la libertad, que despierta á la vez los instintos buenos y malos; y de eso proviene el que la multitud sobre todo dé una aplicacion tan distinta á esa palabra, y de que hasta algunos hombres de genio la entiendan mal.

Nosotros consideramos como uno de nuestros principales deberes explicar cuál es la libertad que, perfeccionando al hombre, perfecciona y engrandece á un tiempo á la sociedad misma, sin que por esto pretendamos esponeros una teoría completa de la libertad social: solo hablaremos de lo que á nuestro asunto importa. Nos limitaremos á manifestar cuál es á nuestro modo de ver el mejor medio que debe emplearse para que logren las sociedades poner en práctica la libertad que las hace progresar: nos referiremos esclusivamente á la libertad social; pero como la libertad social es una consecuencia precisa de la sociedad individual, fuerza es que hablemos de la segunda antes que nos ocupemos de la primera, porque la libertad moral é individual son á la vez el principio y el tipo de la libertad pública y social.

¿Qué cosa es la libertad moral ó individual considerada bajo el punto de vista ideal y práctico de su propio perfeccionamiento, ó en otras palabras: qué entendemos por progreso de la libertad humana?

Antes de que sentemos una verdad esencialmente fundamental, nos atreveremos á suplicar á nuestros

benévolos oyentes que dejen á un lado las preocupaciones que dominan á muchos escritores siempre que se habla de la libertad; nosotros, señores, sentamos como principio que por libertad no debe entenderse la facultad de hacer mal. Los filósofos y los moralistas, para pintarnos el ideal de la libertad humana, suponen que esta tiene el derecho de escoger entre el mal y el bien, sin que se le oponga ninguna traba exterior y sin que ninguna restriccion interior la sujete en cierto modo. Hé aquí cómo se cree que debe existir la libertad, y cómo se supone que la dió el Criador á los hombres; y agregaremos todavía á esto que en nuestro estado de perversidad, el hombre, si bien puede libremente elegir el bien, se inclina por naturaleza al mal: luego, podemos decir que el hombre, no solo tiene el poder de elegir el mal, sino que lo elige por inclinacion. ¿Y sentaremos como principio que la verdadera libertad es la facultad de hacer el mal? No, señores; lo que debemos decir es que confundiendo los hombres de hoy la verdadera libertad con la idea de la libertad que han forjado á su modo, creen realmente que pueden escoger sin trabas el mal. Pero sean cuales fueren las teorías que quieran sentarse acerca de la libertad moral, nosotros, considerándola en sus relaciones con el progreso de la sociedad, no podemos definirla sino de esta manera: *la libertad es el movimiento de la voluntad sin obstáculo alguno para hacer el bien.* La voluntad del hombre sin trabas es la que constituye la libertad progresiva; porque el hombre en la órbita del bien, debe ser tan libre como el pez en el agua y como el pájaro en el aire. ¿Puede el pájaro llamar su prision la atmósfera,



ni el pez las aguas del océano! Que deje el uno las aguas, que al otro falté el aire; ambos, perdiendo su libertad, encontrarán la muerte. Así el hombre, escogiendo el mal, sale fuera de su elemento, abraza la servidumbre y prepara su ruina.

Comprendemos que estas ideas admirarán á algunos de nuestros oyentes; pero no es posible que nieguen, hablando de la libertad progresiva, una esplicacion que no tiene réplica. No creais, señores, que debemos entender por libertad la facultad absoluta de hacer el mal ó el bien. Para que comprendamos mejor qué cosa es libertad, ó por mejor decir, la libertad perfecta, es preciso que nos fijemos en la libre eleccion entre un bien menor y otro mayor, ó en la libre voluntad de hacer ó dejar de hacer un bien. Si la facultad de hacer el bien ó el mal en un mismo grado constituyera la libertad, sacariamos de ella consecuencias tan absurdas como anticristianas, que rechazarían á un tiempo la fe y la razon. Estas consecuencias nos conducirían á otras enteramente contradictorias á la naturaleza y libertad del hombre, pues sería sentar el principio de que pierde la libertad á medida que se perfecciona. Es cierto que el hombre se hace mas perfecto á medida que luchando con sus pasiones se hace superior á ellas; y cierto es tambien que á medida que vence sus pasiones, pierde la libertad de elegir el mal, porque se inclina cada vez mas al bien. Tan cierto es esto, que desde el momento en que conocemos las virtudes que adornan á un hombre, podemos asegurar de antemano que si se le deja escoger entre el bien y el mal, este será el que rechace y aquel el que elija. ¡Y será por esto menos

libre? No; porque á medida que se perfecciona en el bien, usando de toda su libertad, se perfecciona con él esa libertad de obrar; y de ahí viene que los hombres mas perfectos sean al mismo tiempo los mas libres.

Cristianos son los que me escuchan, y puedo por lo tanto enseñar libremente las verdades del cristianismo. El nos dice que, por un dón especial, algunos hombres han sido confirmados en la gracia y en la inocencia; es decir, de tal manera seguian la senda del bien, que se puede afirmar sin temor de una contradiccion, que en ningun momento de su vida dejarían esa senda para seguir la del mal, ¡Y se podrá decir por esto que habían perdido su libertad? ¡Dejó de ser libre la Vírgen inmaculada porque jamas obró el mal? ¡No estaban á una misma altura su santidad y su libertad? ¡Carecia de libertad Jesucristo, que no pudo hacer el mal? ¡Dirémos acaso que al sacrificarse por la salvacion del mundo obró cediendo á la fatalidad? ¡Acaso Dios no es libre porque como infinitamente perfecto no puede obrar el mal? ¡Y será esclavo por esto? No, señores, Dios es infinitamente libre, porque siendo infinitamente perfecto, no puede obrar el mal.

Sentados estos principios, es evidente que el hombre, mientras mas se acerca al ideal eterno é infinito de la perfeccion divina, se aproxima mas y mas al tipo eterno é infinito de la libertad: si nos suponemos á un sér cuya inclinacion al bien le haga aborrecer el mal de una manera irresistible, verémos que ese sér es el verdadero ideal de la libertad humana. Es libre en el sentido mas verdadero y sublime de la palabra libertad.



Estos principios, que son los mas sencillos y los mas olvidados, nos demuestran que la libertad no consiste en la facultad de elegir el mal; esta facultad nace de nuestra libertad, pero no de la libertad perfecta; es la libertad tal como queremos hoy entenderla, pero no tal como ella es; es la debilidad no la fuerza de la libertad; esta creencia es la que mata la libertad, no la que le da la vida. Para esplicarnos mejor dirémos que desear esa libertad es desear el mal, es degradarse y sucumbir á la fuerza de las pasiones que nos conducen á la esclavitud y que reconocen por su causa y principio el pecado original.

Los que niegan la libertad del hombre tal como nosotros la hemos explicado, son los primeros que nos demuestran con su conducta la degradacion vergonzosa de que son víctimas. Cuando un hombre hace el mal solo por querer hacerlo, no hace sino perder su libertad abusando de ella. El que hace el mal, renuncia á su propia libertad y se hace esclavo de su degradacion. A medida que es voluntariamente mas orgulloso, mas avaro, mas sensual, egoista y vicioso, pierde la facultad de ser humilde, generoso, casto, desinteresado y virtuoso. No en vano nos ha dicho la Verdad infalible una palabra que explica por sí sola lo que es la libertad humana: El que peca es esclavo de su pecado: *Qui facit peccatum servus est peccati*. Así es, señores. Ofender á Dios es la verdadera servidumbre; querer voluntariamente el mal es hacerse esclavo. Si registramos las vidas de los santos, hallaremos que la santidad nos demuestra que el hombre es mas libre á medida que es mas perfecto.

Yo me figuro, señores, que no faltará entre mis

oyentes quien diga tal vez con impaciencia: "Convengo en que el hombre es menos libre á medida que es mas vicioso y al contrario: pero ¿qué tiene que ver esto con el objeto de este discurso? ¿Qué relacion tiene esta libertad del hombre con la libertad social?" Mucho tiene que ver, y esto es lo que nos proponemos indagar ahora, pues probando lo primero probamos tambien lo segundo. Preciso era, al tocar un asunto tan grave, que buscásemos el origen de la libertad, la fuente de donde emana con toda su pureza, para que, exentos de toda pasion humana, podamos hablar de la libertad social.

Hemos convenido en que la libertad moral, ó sea la facultad de elegir entre el bien y el mal, se eleva á medida que rechaza este último, y por lo tanto queda admitido este principio: la libertad es el movimiento de la voluntad sin obstáculo alguno para hacer el bien. Una vez admitido este principio en la libertad del hombre, debe admitirse tambien en la libertad social. Dejando la libertad humana los límites de la conciencia para penetrar en el orden de las sociedades, obra en estas como obró en aquella, y produce *la libertad en el movimiento de la voluntad sin obstáculo alguno para hacer el bien*, y no puede negarse que, política y socialmente hablando, los hombres mas perfectos y mas libres serán los que mas obren voluntariamente en la esfera del bien y rechacen el mal por todos los medios posibles.

Y no pregunto qué se entiende por el bien y por el mal, porque supongo que todos conocemos la diferencia radical que hay entre uno y otro; lo que sostengo es que el bien tiene, socialmente hablando, el



derecho de oponerse á que el mal le oprima. Este derecho radical es el principio generador de la verdadera libertad, y si se le suprime, no pueden existir la libertad social y pública. Para que las naciones gocen de una verdadera libertad, lo primero que requieren es la facultad de obrar en el camino del bien sin que el mal se oponga á su marcha; los pueblos no pueden ser verdaderamente libres si la opresion, el desórden y el egoismo, atropellan la justicia, el órden y el amor del bien.

Diré con un grande escritor: "La ley política y la libertad social, la forman la proteccion que se da al derecho, á la moral y á la sociedad contra el egoismo y el desenfreno de las pasiones."<sup>1</sup> Para hablar en otros términos, dirémos que solo el bien, armado contra los ataques del mal, es el que da la libertad que hace progresar á los pueblos. Ciertamente que no necesitarian las naciones de ese elemento que protege sus derechos, si todos los hombres cumplieran estrictamente con los deberes que les impone la justicia; pero la naturaleza humana es frágil, suele desviarse del verdadero camino, y así lo permite la Providencia para que se cumplan sus altos designios. El mal ataca instintivamente al bien; siempre está el hombre dispuesto á atacar á sus semejantes; y los buenos tienen necesidad de que la justicia los ampare con su escudo y les garantice su bienestar. Si no existiera en la sociedad ese escudo que defiende al bueno, más le valiera al hombre vivir aislado que habitar entre los hombres; porque donde el bien no se arma contra el mal, es víctima del desórden que la sociedad brota

<sup>1</sup> Mr. C. Bonnet.

de su propio seno. Y no se diga que la fuerza armada de las naciones constituye el despotismo; esa fuerza es la salvaguardia del bueno contra el malo, y es por lo tanto el bien, ó en otros términos, la libertad. En la Sagrada Escritura hallamos la definicion exacta de la libertad social, y el deber político marcado á las naciones, en estas palabras: *Los reyes son los ministros de Dios encargados de velar por el bien.*

Creemos que esta definicion de la libertad social es incontestable, y la única que debemos admitir como conveniente á nuestro propósito, pues para negarla, preciso fuera dotar al hombre de una inteligencia enteramente contraria á la que Dios le ha dado, y variar completamente su modo de vivir. Admitido este principio, debemos admitir las consecuencias que de él se derivan, y rechazar la libertad falsa, injusta y despótica que proclaman algunos sabios engañados, como enemiga de la razon, de la justicia y del buen sentido; esa libertad sostiene que ninguna diferencia existe entre el bien y el mal, entre la religion y el sacrilegio, entre la virtud y el vicio; y por último, que el mal debe aspirar, para su desarrollo, á la misma proteccion que se concede al bien. Quisieran que el hombre caminara llevando á su derecha la verdad, la religion y la moralidad, y á su izquierda el error, la irreligion y la inmoralidad; y que los gobiernos se conservaran neutrales, indiferentes, y dejaran que las sociedades progresaran ó retrogradaran segun fuera el camino que siguieran despues de luchar con los opuestos sentimientos de que se verian rodeados. Hé aquí lo que constituye la sabiduría de la libertad social proclamada por algunos genios á